

dida más ó ménos completa de la facultad de hacerse cargo de las letras y palabras, sobre todo cuando la articulacion es tambien defectuosa. El enfermo puede aún leer tal vez alguna que otra palabra, pero no consigue pronunciarla ó profiere otras sílabas y palabras. En tales casos es á veces imposible averiguar la verdad envuelta en los fenómenos más singulares. Los enfermos leen en la calle al vuelo los rótulos de las tiendas, miéntras que fijando la mirada sobre las palabras ó letras, no son capaces de leerlas. Conocen las letras y no saben combinarlas para formar las palabras, ó al revés leen las palabras, mas no saben deletrearlas. Otros distinguen la palabra *Calderon* en la portada de un libro, miéntras que en la de otro parecido no aciertan á leer el nombre de *Cervantes*. La razon por que las palabras largas se leen incorrectamente, es tal vez solo porque no se ve bien más que la primera sílaba, completando el enfermo la palabra segun la idea que en él haya despertado la sílaba inicial.

Por supuesto en la facilidad de entender las letras escritas ó impresas influye grandemente el grado de instruccion de una persona; la que está poco versada en la lectura entiende lo escrito solamente con ayuda de los sonidos, leyéndolo en voz alta; para entender las imágenes visuales necesita de las imágenes acústicas ó sonoras. La persona instruída recorre una página con la vista y se entera del contenido sin necesidad de convertir las letras en sonidos. La primera presentará el síntoma de la *alexia* además del de la *afasia*, la otra, como contraste chocante con su incapacidad de entender el habla, entenderá lo escrito; mas al intentar leer en voz alta, acaso se mostrará tan afática como para la conversacion espontánea.

Un caso observado por el médico belga *Vandenabeele* no permite dudar que la ceguera completa para la escritura es compatible con la integridad de la vista, de la inteligencia y del habla. Una señora de 43 años de edad y perfecta salud tuvo un ataque apoplético; al cabo de pocas horas volvió en sí, paralizada del lado derecho, con dolor sobre el ojo izquierdo, la inteligencia un poco embotada, la memoria flaca, pero el habla libre. Seis semanas despues la parálisis y la debilidad de la memoria é inteligencia habían desaparecido. Entónces la enferma descubrió que no sabía más leer lo impreso ni lo escrito. Veía lo escrito, distinguía la forma de las letras, hasta podía copiar lo escrito, mas era incapaz de convertir las letras en palabras pronunciadas. Se hacia cargo de cuadros y adivinaba jeroglíficos; entendía, pues, las representaciones ideográficas, mas no la escritura. Despues aprendió de nuevo á leer palabras de una y de dos sílabas.

Otro caso curioso ha sido observado por *Broadbent*. Un hombre muy inteligente y enérgico, tras algunos días de dolor de cabeza, vómito y delirio, se

encontró sin poder leer nada impreso ó escrito, aunque veía las líneas y aunque podía escribir fácil y correctamente lo que pensaba y lo que se le dictaba. Su conversacion era buena y fecunda, pero á veces no recordaba los nombres de calles, personas y cosas ni podía decir los nombres de los objetos más comunes y conocidos cuando uno se les presentaba. Murió de una hemorragia cuantiosa en el lóbulo temporal izquierdo con perforacion hasta el ventrículo.

Muy singular es un caso observado por el Dr. *Vestfal* de Berlin en la persona de un antiguo actor que presentaba, junto con una hemiplejía, los fenómenos de una afasia parcial. Era hombre inteligente, solo que no recordaba lo que había aprendido de memoria; hablaba de corrido, faltándole solamente algunas palabras que tampoco entendía cuando se las decían. Escribía correctamente al dictado, mas luégo no sabía leer lo que había escrito; su alexia era completa. Luégo descubrió un artificio para leer las palabras que escribía y consistía en seguir con el dedo el trazado de las letras y leer de este modo escribiendo.

Griesinger ha llamado la atencion de los médicos sobre el hecho que muchos afáticos rogados que toquen con la mano tal ó cual parte de su cuerpo, tocan otra diferente, v. gr., la nariz en lugar de la oreja, sin tener conocimiento de su equivocacion, y lo interpretaba en el sentido que esos afáticos confundían los movimientos. Parece más natural pensar en una confusion de las palabras oídas, tratándose de un desarreglo de la vía *perceptiva* más bien que de la vía *expresiva*.

Así como se pierde la facultad de entender las palabras escritas, puede perderse tambien la de entender los guarismos. Un empleado en contaduría distinguía las cifras del número 766, pero no comprendía lo que significaba el 7 delante de los dos 6. Otro afático no sabía ya calcular en voz alta, mas por escrito hacia adiciones y sustraccion, y aún sabía bastante bien multiplicar y dividir.

Un músico puede olvidar por completo la significacion de las notas y sin embargo tocar perfectamente de memoria, y al revés, á pesar de una afasia y agrafia general completa, escribir en notas una melodía que acaba de oír. Una enferma de *Proust* sabía copiar notas y aún componer, y conocía las melodías por el oído, pero era incapaz de tocar una pieza á la vista. Los dibujantes olvidan en semejante caso el dibujo espontáneo conservando la facultad de copiar; tal vez sucede tambien lo contrario, pero hasta hoy no consta ningun caso.

Algunos afáticos olvidan la distincion de las monedas y no saben más contar el dinero, pierden las formas convencionales del trato social, las ceremonias y signos religiosos, confunden la cuchara con el tenedor, con el



cual, v. gr., pretenden comer la sopa. En este caso la *afasia* se complica con *apraxia*, perdiéndose no solamente la inteligencia de los signos de la expresión, sino también la noción del uso de las cosas. Tales estados no deben confundirse con la afasia que se refiere únicamente á los signos para expresar las ideas y es compatible con la inteligencia intacta, cosa que no sucede jamás en la apraxia.

*Parafasia, paragrafia, paralexia, paramimia.* — Llamamos parafasia aquella alteración del lenguaje en la cual el enlace de las ideas con sus representantes verbales se halla trastornado ó desordenado de modo que en lugar de las palabras correspondientes se pronuncian otras de sentido diferente ó combinaciones de sílabas destituídas de todo significado.

No hay tal parafasia cuando un tartamudo ó un balbuciente profiere de una manera defectuosa ó desfigurada una palabra correctamente asociada, correspondiente al sentido que ha de expresar. Tampoco la hay cuando un individuo, afectado de *afasia atáctica*, contesta como un autómatas y desacertadamente á todas las preguntas con las mismas palabras ó pedazos de palabras.

Más difícil es el deslindar la parafasia de la *afasia amnésica* y del *tropiezo silábico*, alteraciones que pueden acompañarla, pero no la acompañan siempre.

Podría creerse que en la parafasia falta en todos los casos el recuerdo de la palabra conveniente, ya que en lugar de ésta parece otra; mas no es necesariamente así, pues la palabra apropiada surge muchas veces realmente en parte ó entera en la memoria del parafático, siendo, empero, inmediatamente ántes de llegar á pronunciarse, suplantada por otra. Asimismo puede haber parafasia á pesar de la integridad de la construcción silábica de las palabras.

Las palabras propias se sustituyen con otras perfectamente bien construídas, que muchas veces no tienen ninguna afinidad de sonido con las que suplen.

A veces los parafáticos pronuncian todo un discurso sin parar, combinando las palabras de una manera tan disparatada, que nadie es capaz de entender lo que han querido decir. También este estado morbosos, llamado *parafasia coreica* ó *joreática*, en la que todo el vocabulario del individuo está desordenado y desvincijada su unión con el intelecto, es deslindable del atropello ó tropiezo silábico cuando las palabras son tomadas en su forma correcta del diccionario de la lengua propia ó de una lengua extranjera.

La verdadera dificultad de distinguir entre parafasia y atropello silábico empieza cuando las palabras disparatadas resultan de la mezcla de letras y sílabas de vocablos diferentes. Llámase *atropello silábico* lo que resulta cuando

se mezclan confusamente las letras y sílabas de las palabras que pertenecen á una oración ó frase, mientras que en la parafasia se profieren palabras que han surgido en la memoria del individuo por su afinidad de sonido ó de significado, sin que pertenezcan á la frase que el parafático ha querido pronunciar.

Existe un grado de parafasia que aún se puede calificar de *fisiológica*, pues es una cosa muy común la de equivocarse de términos una persona sana, que una vez lo nota y otra vez no. La causa de este defecto de elocución es la *distracción*. De la misma causa, *falta de atención* que puede exagerarse hasta la imposibilidad de fijarse en una idea, depende ordinariamente también la parafasia *patológica*.

Por medio de la atención ejercemos sobre los centros motor y sensitivo del lenguaje un influjo indispensable para la correcta ejecución del habla, pues sin este influjo es fácil que salgan palabras impropias ó que se desfiguren hasta la ininteligibilidad el acento, la fuerza, la rapidez y la exactitud de la pronunciación de las letras y sílabas.

Mas para que la atención produzca el fin apetecido, es preciso que concurren ciertas condiciones, á saber:

1. La atención debe ir acompañada del sentimiento de seguridad, del *aplomo*. Las personas tímidas se equivocan mucho más fácilmente en el habla que las atrevidas.

2. El pensamiento debe fijarse en una sola idea sin divagar á otras ideas que no sean del caso. Llamamos *distráidas* á las personas que se dejan desviar fácilmente de la idea principal por impresiones exteriores, ó que no refrenan el curso de sus ideas por las vías de la asociación interna. Estas personas se hallan constantemente expuestas á perder el hilo y proferir palabras extrañas al asunto de que hablan.

3. La atención debe repartirse debidamente sobre el pensamiento, la sintaxis y las palabras sueltas. El que se fija demasiado en los términos pierde fácilmente de la memoria el pensamiento y la construcción, y corre peligro de confundirse en las partes consecutivas de la cláusula y aún en las palabras, resultando al mismo tiempo *akatafasia* y *parafasia*.

En los estados morbosos muchas veces un trastorno ligero de la circulación y nutrición del cerebro basta para debilitar la capacidad de prestar atención y para producir la parafasia. Los febricitantes, los hambrientos, los aturdidos se equivocan fácilmente en sus expresiones. En mayor grado, naturalmente, producen este efecto todas las lesiones cerebrales palpables, difusas ó circunscritas, que perturban el conocimiento y debilitan las fuerzas en general y la facultad de hablar en particular. Los pensamientos se entrecruzan y las palabras se confunden.



Permútanse más fácilmente que otras aquellas palabras cuyas ideas van casi siempre asociadas, como baston y sombrero, cuchillo y tenedor, sal y pimienta, etc., ó las palabras que concurren á expresar las ideas que se quieren manifestar. Un febricitante, deseando que abran la puerta para dejar salir al perro, dijo: «que abran el perro.» Otras veces la palabra, cuya representacion fónica ha sido despertada correctamente en la memoria por la idea, ántes de llegar á pronunciarse, hace saltar otra palabra similar en el significado ó el sonido, y ésta se pronuncia en lugar de aquélla. En vez de queso sale beso ó mantequilla, en vez de cuarto cuadro, ó en lugar de taza se oye bacín.

Muchas veces la permutacion no es de palabras enteras, sino tan solo de sílabas ó letras que se toman de otras palabras parecidas ó de sinónimos ó que tienen alguna relacion por la asociacion de ideas ó que pertenecen á la cláusula. En este último caso la parafasia coincide con el atropello silábico. Semejantes equivocaciones ocurren á veces á los catedráticos distraídos para diversion de sus discípulos; dos ejemplos notables de distraccion profesoral hemos conocido, los dos hombres célebres por su saber y la claridad de sus escritos, *Enrique Rose*, catedrático de química de Berlin (muerto en 1864), y *F. Plücker*, catedrático de física de Bonn (muerto en 1875).

Mientras que en las formas ligeras de parafasia no se enredan más que unos cuantos hilos de comunicacion entre las ideas y las palabras, en las formas graves, las llamadas *joreáticas*, toda la red de comunicaciones se halla en confusion inextricable. Si en estos casos, como sucede casi siempre, la comunicacion de las ideas con sus representantes gráficos está desarreglada tambien ó interrumpida por completo, nos falta toda clave que pudiera revelarnos el significado del batiburrillo de palabras ó *delirio verbal* que oímos. El Dr. Kússmaul refiere el siguiente caso:

Un profesor de colegio de 65 años de edad, con rigidez de las arterias, trabajaba aún más de lo que permitían sus fuerzas. Despues de un paseo, durante el cual había conversado con viveza, en agosto de 1870 se sentó para escribir, mas luégo se levantó de un brinco, gritando: «¡Huele á azufre! ¿no oléis nada? ¡me ha dado una apoplejía!» vomitó, y sin que se presentara parálisis en parte alguna, padeció por varios días una *amnesia verbal*. Despues de recuperar la memoria volvió á trabajar con el mismo ahinco que ántes. Al cabo de dos meses tuvo otro ataque de vértigo sin parálisis, desarrollándose luégo una parafasia que llegó pronto á un grado extraordinario. Aunque dirigía larguísimos discursos á los que le visitaban, no acertaba á explicarse inteligiblemente sobre las cosas más sencillas, v. gr., para dar á entender á su hermana, que le cuidaba la casa, que le pusiese una manta más en la cama, se cansó todo un día,

hasta que finalmente se le ocurrió dar palmadas sobre la cama. Sus acciones y ademanes no revelaban gran alteracion de la inteligencia, comprendía lo que le decían y mostrábase muy contento cuando le entendían. Kússmaul le vió el 23 de febrero de 1871, y no entendió nada del largo discurso que el enfermo le dirigió de corrida, despues de recibirle muy cortésmente, si bien comprendía por los ademanes y gestos del enfermo que éste se afanaba en explicarle su estado. Un extranjero, ignorante del aleman, habría creído que un hombre inteligente é instruído pronunciaba un discurso bien meditado. Parecía que el enfermo no sospechaba que fuese ininteligible lo que profería y las palabras de alentamiento y consuelo del doctor pusiéronle tan feliz y alegre, que parecía que las comprendía realmente. Cada noche jugaba á los naipes con el mismo acierto que ántes. Poco á poco, empero, su inteligencia fué mermando hasta desconocer los objetos (quería comer la sopa con el tenedor), y murió el 1.º de abril de 1871.

Uno de los casos más notables de parafasia joreática ha sido observado y publicado por el médico ingles Dr. Osborn. Con aparente integridad de la inteligencia, la red de comunicaciones entre las ideas y las palabras del habla se hallaba completamente enmarañada, sin involucrar, empero, la comunicacion de las ideas con la imagen escrita de las palabras. No se entendía lo que el enfermo decía, pero sí lo que escribía. Él mismo comprendía lo que oía y leía; mas cuando quería leer en voz alta, no profería más que palabras incoherentes, inglesas y de otros idiomas ó aún de ningun idioma conocido.

Como un individuo sano puede equivocarse al hablar, asimismo, y aún más fácilmente, puede equivocarse al escribir; divagando el pensamiento, resultan errores de letras, sílabas y palabras enteras, presentándose en la pluma no solamente vocablos de significacion ó sonido parecido, sino tambien de ortografía similar, especialmente en las lenguas cuya escritura es tan diferente de la pronunciacion como en el ingles. Tambien en los enfermos las lesiones orgánicas y funcionales del cerebro se manifiestan más fácilmente en la escritura que en el habla. La *paragrafia patológica* tiene, como la parafasia, varios grados de gravedad.

La paragrafia suele acompañar toda clase de disfasia, siendo generalmente más pronunciada que ésta; el caso de Osborn, citado arriba, es el único que consta en la literatura médica de parafasia sin paragrafia.

En la *paralexia* los enfermos no aciertan á leer correctamente las palabras que ven, permutando las sílabas de los vocablos entre sí ó pronunciando otras palabras que tienen alguna semejanza con las escritas ó impresas sea en el sonido ó el significado ó en la ortografía. Á veces los enfermos deletrean aún